Sección a cargo de Guillermo Fernández

Alberto Savinio

Jóvenes esposos

Llegó el día soñado. El amor eslabonaba al fin ambas existencias en medio del espacio, en medio de la gran fuga del tiempo. ¿Habían amado antes? ¿Habían sufrido, gozado, vivido? Ya no lo recordaban. La esperanza de unirse, de vivir sólo el uno para el otro, los había torturado por un lapso que ningún calendario podía registrar, que parecía interminable.

Llegó el día soñado. Ante sus ojos no existía otra cosa que no fuese la meta que se habían fijado, a la que aspiraban con toda la fuerza del cuerpo y de la mente. ¿Qué sucedía en el mundo? Era un misterio. Un misterio abandonado sin añoranzas, sin curiosidad. Continentes, estados, países, hombres, amigos, parientes afectos, vínculos, ocupaciones: todo esto había desaparecido, todo se oscurecía frente al único punto luminoso y vivo: su felicidad.

Llegó el día soñado. Escenarios, perspectivas de sueño. Ante sus ojos pasó una sala tapizada de rojo y oro. Un personaje negro se irguió en un púlpito y dijo palabras incomprensibles. Alguien, detrás de ellos, regulaba con leves susurros sus acciones, sus movimientos.

Se vieron otra vez fuera, bajo el sol. Persistía aquel perfume de flores frescas, que olía a iglesia, a fiesta, a cementerio. Nada vieron de la calle ni de los transeúntes. Atravesaron la ciudad: estaba fría y apagada como una necrópolis. Las casas se hundían en la tierra. Los vehículos pasaban, más silenciosos que el recuerdo. El mundo se había desvanecido en el aire, como humo.

Entraron en la alcoba nupcial. Él dijo:

– Éste es nuestro mundo, nuestro universo. No existe nada más para nosotros.

Ella no dijo nada. Eran dos pero sólo tenían una palabra, un solo pensamiento, una sola vida. Cerraron, herméticamente, puertas y ventanas.

Se arrojaron a la felicidad.

* * *

Su mundo, su universo. La alcoba nupcial reunía la languidez de los trópicos y el aire exultante de las cumbres. Lo mejor de cada estación se juntaba y fundía con armónica dulzura. Al llegar la noche, el techo se cubrió de estrellas; rodaron lentamente las constelaciones y un cometa pasó como un pavorreal deslumbrante. La Vía Láctea brillaba de una pared a otra. La luna apareció detrás de la cama, subió por la pared y recorrió el techo, iluminando a los esposos que jadeaban quedamente y luchaban en silencio, como buzos.

Después, poco antes de tramontar, la luna iluminó oblicuamente los dos cuerpos, pálidos en la cama pálida. A la mañana siguiente, el sol apareció del piso de la alcoba, radiante, y los despertó a un nuevo día de raptos de amor, de felicidad. Olvidados del mundo, solitarios, vivían en su universo particular, en la alcoba de su amor, donde ninguna manecilla contaba los minutos, ni las horas, ni el tiempo. Transcurrieron los días, transcurrieron las noches.

Una mañana, el joven esposo vio la alcoba nupcial con insólita curiosidad. Aquel universo particular, apartado del universo verdadero, le dio la impresión de ser un mecanismo tedioso y equívoco. Pero luego el amor reencontrado borró aquella impresión fugaz.

Al día siguiente, el sol particular de la alcoba nupcial volvió a aparecer puntualmente. Al despertarse, el joven esposo se llevó las manos a la garganta, como si quisiera quitarse una corbata o una soga: algo le apretaba el cuello y le impedía respirar. Pero las manos no hallaron nada; el cuello estaba libre, desnudo. No obstante, el joven esposo respiraba con dificultad, como si estuviera en un subterráneo. Y esperó, inmóvil. El aire estaba muy delgado.

El joven esposo boqueaba. Saltó de la cama y corrió hacia la ventana, abrió postigos y persianas. Infinita y serena, la noche reposaba sobre la ciudad dormida. Una ola de desesperación inundó el cerebro del joven esposo. Se asomó a la ventana y gritó pidiendo auxilio. Nada. Sólo el silencio, el terrible silencio del mundo. La joven esposa despertó al oír los gritos y miró en torno suyo, con ojos interrogantes. Y volvió a dormirse, como un pez que ha vuelto a las profundidades.

* * *

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía.